



EL REPUBLICANISMO DE ANTONIO MACHADO HASTA 1936

VÍCTOR FUENTES

Universidad de Santa Bárbara, California

Recibido: 28/09/2016

Resumen: Aunque es mucho lo que se ha escrito sobre el republicanismo de Machado, este artículo tratará de relacionar este tema con su vida y obra. Se aspira así a destacar facetas menos sabidas por la mayoría de sus lectores y aún de la crítica al respecto. Analizaré las ideas forjadas por Machado en sus años de lectura y reflexión filosófica para demostrar cómo entendió, bien temprano, la crisis del sujeto y la noción de otredad, a la vez que se adentró en el conocimiento del alma popular. Mientras Machado toma distancia respecto a la llamada «Generación del 98», empieza su marcha al pueblo y desarrolla sus ideas acerca de la literatura política y popular. Con la proclamación de la Segunda República, Machado se convirtió en un intelectual público y participó activamente en las organizaciones republicanas asumiendo incluso cargos relevantes (aunque más honoríficos que orgánicos).

Palabras clave: Machado, crisis del sujeto, otredad, literatura política, republicanismo.

Aceptado: 20/11/2016

Abstract: Despite the many words written on Machado's republicanism, this article will try to relate this issue to the biography and the works by Antonio Machado. Necessarily, I will repeat some ideas well-known, but I will also intend to shed light on the least known by many readers. I will analyze the ideas that Machado forges during his years of readings and philosophical reflection in order to demonstrate how he understood, so early, the crisis of the subject and the notion of otherness, as well as he went deeper into the knowledge of the «soul of the country». Whereas Machado distanced himself from the so-called «Generación del 98», he began this approach to the people and he develop his ideas about the political and popular literature. With the proclamation of the Second Spanish Republic, Machado turned into a public intellectual and he was active in republican organizations taking up relevant positions (even if they were more honorifics than organics).

Key words: Machado, crisis of the subject, otherness, political literature, republicanism.

Fuentes, Víctor. «El republicanismo de Antonio Machado hasta 1936». *Cultura de la República. Revista de análisis crítico*, 1 (abril 2017): 30-41. ISSN: 2530-8238. DOI: <https://doi.org/10.15366/crrac2017.1>

Hoy es siempre todavía

Como el propio don Antonio evocara, en una entrevista de 1938, y le cedo la palabra, que tanto se oirá entre estas mías:

Estudí en la Institución Libre de Enseñanza y tuve por maestros a Giner de los Ríos, Cossío y Salmerón, teniendo como condiscípulo a Besteiro. No es difícil, por tanto, deducir, que mi formación había de ser liberal y republicana, que por otra parte había de coincidir con la historia política de mis antepasados, ya que mi padre y mi abuelo eran republicanos fervorosos (Alonso, 1985: 288).

Es mucho lo que se ha escrito sobre el republicanismo de Machado; en este artículo se trata, en síntesis, de la evolución del tema siguiendo el desarrollo cronológico de su vida y obra, y el cómo se manifiesta en ambas. Por fuerza, repetiré bastante de lo conocido, pero también aspiro a destacar facetas menos sabidas por la mayoría de sus lectores y aún de la crítica al respecto¹. Nacido el mismo año, 1875, en que, desbancada la Primera República, Alfonso XII llega a España a asumir el trono y se inicia la Restauración, la infancia y primera juventud de Antonio Machado, no obstante, se desarrolla entre personalidades y medios republicanos, aunque, claro, amedrantados por el «fracaso». Ya de niño, y precisamente oyendo hablar a Pablo Iglesias, tuvo Antonio la relampagueante intuición de la injusticia social y, por ello, de una de las grandes cuestiones de la política española del siglo XX: la cuestión social, a la que llega con esta «ingenua conclusión infantil», para usar su expresión: «El mundo en que vivo está mucho peor de lo que yo creía. Mi propia existencia de señorito pobre reposa, al fin, sobre una injusticia», y continúa lamentándose de cuántas existencias más pobres que la suya no tendrán ni siquiera acceso a su único caudal, el de la fantasía, que no por ello deja de ser «un privilegio más debido a la suerte que al mérito propio», concluye con su modestia proverbial (Machado, 1988: IV: 2.479). Viviendo en una situación de marginación económica y socio-política, no es extraño que con su «caudal de fantasía», él y su hermano Manuel se acogieran, en un principio, al mundo artístico en su vertiente asociada «al país de la bohemia», que, como bien advirtiera, Ágnes Heller (1989: 233) posee

un aroma cultural y específico, una forma de vida propia que no era ni aristocracia, ni burguesa, ni tampoco de la clase obrera, sino distinta, transgresora y rebelde, y que, en parte, reunía valores de dichas tres clases sociales. De ahí que alternativamente el bohemio pudiera ser «rey del andrajo», «hampón con hidalguía» o verse armado caballero por el «hambre y la miseria».

¹ Aunque el único ensayo dedicado exclusivamente al tema es el extenso y agudo estudio de Paul Aubert, «“Gotas de sangre jacobina”: Antonio Machado republicano», recogido en Aubert (1994: 309-361).

Sin llegar a integrarse por completo a esta bohemia de fin y comienzos de siglo, los hermanos Machado hicieron sus primeras armas literarias en la revista *Caricatura* dirigida por el bohemio y gran cantor de poesía popular, Enrique Paradas, del que los hermanos Machado fueron muy amigos. Bajo seudónimo, en 1893, ¡a sus 18 años!, mostrando ya las dotes del gran prosista que llegaría a ser, Antonio Machado se inicia con una serie de jocosos artículos satírico-costumbristas, dardos irónicos y paródicos contra el orden de la «oligarquía y el caciquismo», zahiriendo la vida social madrileña y de la política de la Restauración; humorísticas estampas críticas de un degradado mundillo de la vida de toros, tabernas, tertulias, vida teatral y doméstica de la burguesía; esa España de Merimé, de «charanga y pandereta», para usar su expresión de 1913, y a la cual vuelve a sacudir, en plena madurez poética, en varios de sus más memorables poemas de *Campos de Castilla*.

En aquellos primeros artículos, en especial varios escritos junto a su hermano, bajo el seudónimo *Tablante de Ricante*, sus irónicos ataques y burlas van contra los partidos y sus políticos, en especial contra los propios liberales y republicanos, tan ineficaces con sus divisiones y componendas. Sentimos que hay en el joven Antonio Machado un cierto resentimiento o resquemor contra sus mayores, que dejaron hundirse a la República. Se trata de una crítica a los partidos y a sus políticos que Machado mantendrá a lo largo de su vida², y que hoy, a la vista de a lo que los políticos y los partidos han llevado al país, adquiere nueva relevancia. Cito de «Suma y sigue –partidos y partidas– cosas que pasan» (20 de agosto de 1893) en que los dardos se dirigen a las escisiones de liberales y republicanos, en derechas, izquierdas, fusionistas y reformistas:

El número de partidos es también considerable. Porque si muere otro, otro nace, quiero decir que si Castelar se retira, los liberales de la izquierda chocan con los de la derecha, y del choque resulta un nuevo partido, pero vaya usted a saber de qué lado se acostará y qué nombre le darán los fusionistas. ¡Otro partido!, y luego nacerá otro tercer partido, ese núcleo de reformistas (Albornoz, 1961: 75).

A esta luz, no es de extrañar que en unas fechas en que el republicanismo volvió a estar en auge, y tras el desastre del 98, en la primera década del siglo XX y comienzos de la segunda, Machado estuviera ausente de los actos y logros políticos republicanos, tales como la formación de «El bloque liberal», en 1908 y la de la Conjunción republicano-socialista, en noviembre de 1909, liderada por

² Ese recelo hacia los partidos, y su codicia del poder, lo sigue manifestando en carta escrita a Pilar de Valderrama el 12 de abril de 1931: «Por mi parte, ahora que veo demasiado cerca un posible triunfo de la República, pienso en formar en partidos los más alejados del poder. Es nuestra misión» (Gibson, 2006: 475).

Pérez Galdós y Pablo Iglesias. En aquellos años, y en reiteradas ocasiones, expresó su poca simpatía por la actividad política y menos por los partidos y sus políticos. En conversación con Rubén Darío (recogida en *La Nación* de Buenos Aires, el 15 de junio de 1909), afirma: «De política y de gobierno de pueblo no sé nada. De esto se habla mucho, las palabras son enemigas de toda verdad, y al lenguaje engañoso es preferible el silencio, como dijo el filósofo».

Y a este silencio y al de la poesía recoge Antonio Machado su alma republicana. Con más razón que a propósito de Azorín se puede decir que él fue, desde muy pronto, un «pequeño filósofo», el cual se fue engrandeciendo con el pasar del tiempo. Hay que tener presente que, aunque, y dentro de su juvenil espíritu trasgresor y bohemio rechazara los estudios escolares y universitarios –¿reacción contra el destino de su padre y de su abuelo, ambos tan distinguidos universitarios?– y que, como Galdós, prefiriera la «universidad» de la calle y de la tertulia del Café³, Antonio Machado, de muy joven, fue un gran lector, dado al pensamiento y la reflexión, como ya se refleja en sus primeros poemas, y en esto sí, imbuido del espíritu de su padre y abuelo y de sus grandes maestros de la Institución Libre de Enseñanza. Según también nos dijera en una ocasión, antes de dejar Madrid por Soria, se pasó 20 años de su vida yendo a diario a la Biblioteca Nacional. Muy temprano, y como ya se manifiesta en cartas a Juan Ramón y a Unamuno, tras publicar *Soledades* en 1903, expresa un pensamiento original, formado en reflexiones y lecturas filosóficas con base en la crisis del sujeto y en la otredad, dos de los grandes principios de la filosofía contemporánea y que el llevará a la poesía y a su propio ideario republicano. En carta a Juan Ramón, reseña crítica de *Arias tristes*, del 14 de marzo de 1904, la cual es también una autocrítica de esa «juventud soñadora» a la que ambos pertenecían, y contra la cual se levantaron cargos de «egoístas y soñadores», le escribe al admirado amigo: «¿no seríamos capaces de soñar con los que ojos abiertos en la vida activa en la vida militante?», para terminar aconsejándole una «labor de autoinspección», a la que él se ha entregado (Machado, 2001: 190).

Ya el tema de la otredad, vinculado a la demofilia, el amor al pueblo, central en su pensamiento, aparecía en el segundo verso de *Soledades. Galerías. Otros Poemas* (1907), y poniendo un contrapunto al de «la contemplación de sí mismo», tan dominante, en el primer *Soledades*. Aparece encarnando en «aquellas gentes»

³ Como escribe en carta a Ortega y Gasset, tras declarar que en él no hay otro bagaje de cultura que el adquirido en sus años infantiles en que vivió con «los santos varones de la Institución Libre de Enseñanza: Después muchos años de lecturas sin método, en malas bibliotecas, con malos maestros y la vida, lo que hemos dado en llamar la vida: el café, la calle, el teatro, la taberna, algo muy superior a la universidad por donde también pasé» (Machado, 2001: 304-305).

con quienes se cruza en sus muchos caminos andados, las cuales «Donde hay vino, beben vino / donde no hay vino, agua fresca. / Son buenas gentes que viven, / laboran, pasan y sueñan...»; la bondad es un gran *leit-motiv* de su pensamiento.

Campos de Castilla (1907-1917), publicado por primera vez en 1912, está encabezado por su «Retrato». Expresando su identidad a la luz de su autoinspección, el poeta se afirma, ahora, en su filiación republicana, «Hay en mis venas gotas de sangre jacobina», un republicanismo arraigado en lo que a continuación afirma, mirándose en el otro, «mi soliloquio (el dominante en *Soledades*) es plática con este buen amigo / que me enseñó el secreto de la filantropía»; es decir, el amor al género humano. Demofilia y filantropía se manifestarán plenamente en su segundo poemario de un «nuevo soñar», pero con «los ojos abiertos a la vida activa y a la vida militante», lo cual le aboca a su compromiso político republicano, en el terreno de la poesía y de la cultura.

Se publica *Campos de Castilla*, por las mismas fechas en que Azorín lanzara el concepto de «Generación del 98». Pero, aunque Antonio Machado aparece, en todos los estudios, sólidamente unido a ella, él, en aquel tiempo, se distancia de la misma, a pesar de que admira y dedica poemas a sus integrantes: Unamuno, al que considera su maestro, Azorín, Baroja, Valle-Inclán. Ya en Baeza, entre 1912 y 1914, cuando se perfila y estalla la I Primera Guerra Mundial, y surge la llamada «Generación de 1914», encabezada por Ortega y Gasset, se siente más próximo a esta, uniéndose al grupo de personalidades que secundan y firman el Manifiesto de la Liga para la Educación Política Española, la cual contraponía la España Vital a la Oficial, una «nueva España» que viniera a reemplazar el «inmenso esqueleto», el organismo «evaporado», «desvanecido» de la España de la Restauración, en palabras de Ortega en la lectura del Manifiesto. Ni que decir que en Antonio Machado, en su poesía y en sus actividades culturales, en Soria y Baeza ya se plasmaban similares inquietudes.

Tal política de la Liga, con su llamamiento a una «nueva España», y dando un nuevo impulso a los postulados y reclamaciones del regeneracionismo y de la generación del 98, está muy presente en el interior de los nuevos poemas que Machado va añadiendo a *Campos de Castilla* (1907-1912), a poco de su primera edición. En carta a Ortega y Gasset del 9 de julio de 1912, recién publicado el poemario, tras decir que para ellos el 98 fue «el despertar bilioso de una gran pesadilla», a propósito de la generación que etiquetó Azorín, añade:

Creo que no ha llorado bastante, que no ha chillado bastante, que ha destruido poco, que ha protestado poco, que el estado de inconsciencia y de iniquidad contra el cual nos revolvíamos persiste que aquel santo e infantil odio a los viejos se ha extinguido muy pronto. ¿Qué una nueva generación optimista y constructora se acerca? Así sea. De todos modos nos

agradecerán lo poco que derribamos y nos censurarán acerbadamente por lo mucho malo que dejamos en pie (Machado, 2001: 305).

Palabras estas que resuenan en los más combativos poemas añadidos a *Campos de Castilla* y los que más han calado en la conciencia y en el imaginario nacional español, tales –y para citar los dos más representativos– como «El mañana efímero» (de 1913), donde a «La España de charanga y pandereta (...) Esa España inferior que ora y bosteza, / vieja y tahúr, zaragatera y triste», contrapone: «Mas otra España nace, / la España del cincel y de la maza / con esa eterna juventud que se hace / del pasado macizo de la raza. / Una España implacable y redentora / España que alborea / con un hacha en la mano vengadora, / España de la rabia y de la idea». Esa «España Nueva», a la que de nuevo contrapone en «Una España joven», de 1914, a «la malherida España, de Carnaval vestida». Adelantándose a esto, ya en carta a Juan Ramón (abril de 1913), había puntualizado: «Hay que defender a la España que surge del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegar todo» (Machado, 2001: 329). ¡Palabras tuyas de 1913 que vuelven a cobrar actualidad en la España del 2013!, y también haciendo nuestras las que puntualiza en la misma carta: «No es cuestión de amor propio, sino de amor al prójimo».

Con el cincel de su pluma y la idea; las ideas forjadas, en sus años de lecturas y reflexión filosófica y de adentramiento en el conocimiento del alma popular; a partir de estas fechas, el republicano Antonio Machado encaminará su obra poética y su actividad vital hacia esa España «que alborea». En carta a Ortega y Gasset, al recibir su folleto sobre «Vieja y Nueva política», 14 de mayo de 1914, afirma: «seremos necesariamente revolucionarios, porque toda realidad es revolucionaria en un mundo de ficciones» (Machado, 2001: 358) y en su prólogo al libro *Helénicas* de su querido amigo segoviano, el dirigente republicano Manuel Hilario Ayuso, afirma: «Manuel Ayuso hace política y poesía. Ambas cosas son compatibles. Me atreveré a decir más; ha sido casi siempre la poesía el arte que no puede convertirse en actividad única, en profesión» (Machado, 2001: 364). En 1919, tras acabar la guerra con la victoria de los Aliados, por la cual él había apostado, y tras el triunfo de la revolución rusa («El tolstoísmo salvará a Europa, si es que esta tiene salvación», escribe a Unamuno en carta de 1918; con frase, esta, de si es que Europa tiene salvación, la cual también se podría invocar hoy) en su tan comentado «Prólogo» a la segunda edición de *Soledades, Galerías y otros poemas* señala el camino poético y político redentor con sus tan conocidas y celebradas palabras, las cuales serán norte de su actividad cultural y política, a partir de entonces: «Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir cuando una tarea común apasione las almas...».

Ya en Segovia, y con un grupo de amigos republicanos y progresistas, actúa con la mirada puesta en dicha nueva «edad que se avecina». Fundan la Universidad Popular segoviana, con ese sentir tan suyo de la importancia y primacía del saber popular. En 1920, en una encuesta en *La internacional* (10 de septiembre) en torno a «Dos preguntas de Tolstoi: ¿Qué es el arte? ¿Qué debemos hacer?», profundiza en lo dicho en el prólogo que acabo de mencionar y al «¿Qué debemos hacer?» su respuesta empieza con otra pregunta y respuesta: «¿Podrá el artista desdeñar para su obra los nuevos anhelos que agitan hoy el corazón del pueblo? Indudablemente no» (Machado, 2001: 448). Esos anhelos son materia poética, para ser llevados al arte. Y en ese mismo mes, publica un poema (*La lectura*, 237), tomado de un suceso real, no recogido en libro, «El quinto detenido y las fuerzas vivas»: un obrero, al cual designan así, obrero que, con intención samaritana, acude a la cárcel donde se encuentra otro obrero, al parecer desquiciado, que ha cometido un crimen: «[...] Lleva en la mano diestra / un bulto envuelto en un pañuelo. / Dobla la esquina. / -¿Adónde vas? / -Le llevo / Un poco de comida a ese muchacho». Poco tiempo después, su artículo en *El Sol*⁴, «Los trabajos y los días», comienza así: «Dos pobres hombres que comían en la venta de un camino de España fueron muertos a tiros por la guardia civil», y el relato continúa con los dos muertos llamando a su casa mientras él dormía. Tras varias preguntas sobre lo que querían, y al negar ellos, lo que él presume, cuando les dice: «vosotros deseáis algo más... por ejemplo justicia», los dos fantasmas movieron la cabeza de arriba abajo: «Mucho pedís –les dije– o quizá demasiado poco porque la justicia es en España, un simple lema de ironía. Tomé la pluma y les escribí esta copla:

Dice el burgués: Al pobre,
la caridad y gracias.
¿Justicia? No, justicias
para guardar mi casa (Gibson, 2006: 355).

Escribe Machado estos textos en las mismas fechas en que Valle Inclán publica *Luces de bohemia*. De aquí que en mi libro, *La marcha al pueblo en las letras españolas 1917-1936*, destacara a ambos como figuras señeras en el inicio de esa marcha de intelectuales y escritores hacia el pueblo que pedía Gramsci para Italia y la creación de una literatura nacional, pero que se dio en España entre tales fechas. En septiembre de 1921, cuando el Régimen de la Restauración da sus últimos estertores, en carta a Unamuno, y frente a la descomposición del orden político y social, Antonio Machado reivindica el republicanismo. Tras criticar

⁴ Ian Gibson recoge este artículo y el poema anterior en *Ligero de equipaje*. El poema en las páginas 352-353 y el artículo en las 354-355.

y zaherir a republicanos y liberales que proclamaron «la accidentalidad de la forma de gobierno, muy a destiempo y en provecho inmediato de la superstición monárquica y del servilismo palatino», volviéndose contra ellos y afirmándose en recuerdos de su niñez escribe con vehemencia:

El pueblo hablaba de una idea republicana, y esta idea era, por lo menos, una emoción, y muy noble a fe mía! ¿Por qué matarla? En vez de ahondar el foso donde se hundiese la abominable España de la Regencia y de este reyezuelo, repugnante lombriz de caño sucio, afirmándola para el republicanismo, y acrecentándolo, depurándolo, enriqueciéndole de nueva sabia, decidieron echar un puente levadizo hasta la antesala de las mercedes (Machado, 2001: 466-467).

Y termina afirmando: «Creo que es preciso resucitar el republicanismo, sacando las ascuas de la ceniza y hacer hoguera con leña nueva». Ya, y dentro de esta perspectiva (pues su republicanismo estaba abierto a parecidas causas mundiales), el 4 de marzo de 1922, firma su adhesión a la Liga Española de los Derechos del Hombre, fundando su Delegación en Segovia y de la cual él sería presidente. Hoy en día la defensa de los Derechos Humanos es una causa que se extiende por todo el mundo.

Dando su espalda a la nueva literatura de vanguardia de aquellas fechas, a la que rechaza dentro de su concepción del tiempo que no concibe nada nuevo *ex-nihilo*, la cual alistó a tantos de los jóvenes y artistas del momento, Antonio Machado, sin conocer aquello propuesto por Gramsci, aunque sí sentido por él desde sus estancias en Soria y en Baeza, de que «Un movimiento intelectual es o vuelve a ser nacional si se realiza una ‘marcha hacia el pueblo’» (Gramsci, 1967: 214), hace del calar, conocer y compenetrarse con el alma popular española preocupación central de su creación poética y, también con el propósito de avivar la hoguera republicana con su propia leña del *demos*. En la encuesta de *La Internacional* y contestando al «Qué debemos hacer», expresa: «Yo, por ahora, no hago más que *folklore o folklore de mí mismo*», añadiendo:

Mi próximo libro será, en gran parte, de coplas que no pretenden imitar la manera popular –inimitable e insuperable, aunque otra cosa piensen los maestros de retórica– sino coplas donde se contiene cuánto hay en mí de común con el alma que canta y piensa en el pueblo. Así creo yo continuar mi camino, sin cambiar de rumbo (Machado, 2001: 449).

Tal libro, *Nuevas canciones (1917-1920)* se publicó en 1924. Curiosa, y significativamente, la parte más extensa y más suya, «Proverbios y Cantares», está dedicada a Ortega y Gasset. Podría haber algo de ironía en esto, si consideramos que, por las mismas fechas, Ortega sostenía sus ideas de las minorías selectas y la deshumanización del arte. Machado, en sus «cantares-proverbios», de corte popular, aquilata su pensamiento demófilo, volcado al otro y abierto al diálogo:

«Mas busca en tu espejo al otro / al otro que va contigo»; «Para dialogar, / pregunta primero; / después... escuchad». Se trata de un breviario magistral de su pensamiento poético-filosófico, que posteriormente desarrollarán sus heterónimos en *Cancionero apócrifo de Abel Martín* y en *Juan de Mairena*. De aquellas flechas líricas-sociales agudísimas –citaré tan solo tres esenciales– de su poética: «No es el yo fundamental / eso que busca el poeta, / sino el tú esencial» (XXVI)⁵ ; de su pensamiento, donde funde filosofía y religión, «Han tomado sus medidas / Sócrates y el Cristo ya / el corazón y la mente / un mismo radio tendrán» (XLIV), y el maravilloso verso contenido en una sola en una breve frase en que expresa, como quizá en ningún otro verso escrito, la temporalidad del tiempo, y en el que se funden pasado, presente y futuro: «¡Hoy es siempre todavía» (VIII). Aunque en filosofía se declara discípulo de Unamuno y, en parte, también de Ortega, su pensamiento tiene una originalidad propia que partiendo del irracionalismo del siglo XIX y de Bergson confluye con el de tres grandes pensadores del XX, Heidegger, Levinas y Gadamer. Esto está por estudiarse.

El «todavía» del verso citado apuntaba a la llegada de la República democrática, la cual ya fue, y estaba cerca de volver a serlo. Maniatada la esquelética Monarquía bajo la dictadura / blanda de Primo de Rivera, el 11 de febrero de 1926 una serie de partidos y asociaciones republicanas publican en Madrid el manifiesto fundacional de Alianza Republicana, con el propósito de derrocar la Monarquía y traer la República. Antonio Machado es uno de los principales firmantes del manifiesto. Cesado el dictador y levantada la censura, el 9 de febrero de 1931, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala proclaman su Agrupación al Servicio de la República, a la que aparece unido Antonio Machado. La Agrupación tiene su impacto inmediato y gran difusión. El 13 de febrero dimite el general Berenguer como jefe de gobierno. Hay mucho de homenaje al republicanismo de Antonio Machado en el hecho de que el primer mitin de la campaña republicana de la Agrupación se celebrara en el teatro Juan Bravo de Segovia, y bajo su presidencia, haciendo él, a su vez, la presentación de los tres líderes y oradores, y con el lema orteguiano *Delenda est Monarchia* ondeando en el muro del salón. Y así fue poco después. Es sabida la alegría con que Machado, y otros líderes republicanos izaron la bandera republicana en el balcón central del Ayuntamiento de Segovia el 14 de abril, como él evocara en «Lo que hubiera dicho Mairena el 14 de abril de 1937»:

⁵ Los números que encabezan estos poemas son los que les corresponden, agrupados, en todas sus *Poesías completas* bajo CLXI («Proverbios y cantares»). En la edición que uso de Oreste Macrí aparecen en el tomo II, *Poesías completas*.

¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el lino más puro de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia!... Recordemos (y nosotros también aquí), acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón (Machado, 1988, IV: 2.333).

En otro recuerdo posterior, resalta que la República había venido de «un modo perfecto, como resultado de unas elecciones. Todo un régimen caía sin sangre, para asombro del mundo». A pesar de ser tan renuente a los partidos políticos, en junio de 1931, participó en la formación de la delegación segoviana del partido Acción Republicana, presidido por Azaña, y en octubre devino el presidente honorario de tal organización en Segovia. Con aquel «fervoroso republicanismo» de su abuelo y de su padre, Antonio Machado se entrega, ahora, al servicio de la Segunda República, respaldando sus decretos y acciones. Formó parte del Patronato de las Misiones Pedagógicas en Madrid y finalmente consiguió, para el curso de 1932, el traslado de su cátedra a la capital, al Instituto Calderón de la Barca. En su extensa y tan bien documentada biografía, Ian Gibson se extiende sobre la vida de Antonio Machado en el Madrid republicano, aunque centrándose –diríamos que algo excesivamente– en su relación y epistolario con Pilar de Valderrama. Brevemente, haré algunas alusiones a su actividad y estado de ánimo en los primeros cinco años de la República.

Ya en una entrevista de finales de mayo hecha a los dos hermanos, y respondiendo ambos a una, señalan algunos de los peligros y escollos que amenazarán a la República. En primer lugar advierten, premonitoriamente, que hay que luchar «contra las viejas organizaciones caciquiles que se llamaron monárquicas y hoy se dicen republicanas, y que todavía no han deshecho la revolución, pero que están en camino de deshacer»; organizaciones y ciertos políticos, en especial Lerroux, que Antonio Machado, premonitoriamente, ve, y reitera, como el caballo de Troya, introducido en el seno de la misma República. En cuanto al federalismo, apuntan a algo que, en cierto modo, se dio en nuestra transición democrática: «si para mejor unir a los españoles hubiera que descentralizar a España, concediendo amplia autonomía a ciertas regiones en buena hora. Pero nada más» (aunque en nuestros días se pide bastante más). Concluyen destacando, algo desoído por el propio Azaña y por tantos republicanos más, entonces y ahora: «El problema religioso es el más difícil. Conviene educar al pueblo para que ahonde y depure su sentimiento. El Estado no ha de avasallar a la Iglesia, pero sí ejercer sobre ella una tutela amorosa, obligar a los curas a cumplir más fiel e intensamente su misión, sin invadir otra esfera que lo puramente religioso» (Machado, 2001: 687-688). En 1932 y 1933, y con las tensiones, ánimos revueltos, huelgas revolucionarias obrero-campesinas y brutales represiones, con

un clima político enrarecido y la creciente división del país en dos bandos sociales y políticos, y con la cuestión del independentismo y del Estatuto Catalán, y sin llegar, ni mucho menos, a la gran desilusión de Ortega y Gasset y Unamuno, en 1932, Antonio Machado llegó a decir, en carta a Pilar de Valderrama, quien por su parte era tan de derechas, que la «República, ¡tan deseada!, nos ha defraudado un poco» (Gibson, 2006: 490). Y, tras el triunfo de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), en las elecciones del 19 de noviembre de 1933, en parte debido a la división de las izquierdas y el absentismo electoral de los anarquistas, escribió en uno de sus cuadernos: «La República se ha ido. / Nadie sabe cómo ha sido. / R.I.P.» (Gibson, 2006: 506).

Sin embargo, en el ensombrecido «bienio negro» continúa con nuevos bríos su actividad en pro de la República. Se adhiere al nuevo partido político, Izquierda Republicana, fundado el 3 de abril de 1934, y el grupo de «escritores y artistas revolucionarios», en el número 6 de su revista *Octubre*, en aquel mismo mes de abril, publican su «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia»; claro que se trataría, en su visión, de una lírica comunista de comunión cordial, en la que los supuestos comunistas sobre las cuestiones sociales y económicas aparezcan supeditados a los que predicó Cristo sobre el amor y la fraternidad humana, algo sobre lo que tanto se extiende Juan de Mairena en sus llamados sermones de Rute y Chipiona. En unas fechas en que el gobierno de la CEDA emprende sus maniobras políticas con el propósito de dismantelar a la República, Machado pone su pluma al servicio de esta, y como recuerda y puntualiza Ian Gibson: «Machado no dudará en firmar todos los manifiestos antifascistas que se le pongan por delante. Quizá ningún otro intelectual de la República hará tanto en este sentido» (Gibson, 2006: 510).

En varias de sus entrevistas, va reiterando sus ideales democráticos, basados en las justas y legítimas aspiraciones del pueblo, cifradas en esa frase-clave de su pensamiento, sacada de un dicho castellano, que gusta de repetir: «Nadie es más que nadie». A poco de la revolución de Asturias, en octubre del 34, y su feroz represión, el 4 de noviembre, Antonio Machado, inicia en la prensa, en el *Diario de Madrid* y, luego, en *El Sol*, sus reflexiones y diálogos de Juan de Mairena, en los que va decantando, ahora, en prosa, sus reflexiones y pensamientos y a la altura de las circunstancias en que vivía el país y el mundo, y que, sin duda, tuvo su resonancia en la opinión pública, con la cual entra en conversación su heterónimo, «profesor de Gimnasia», gimnasia verbal, diríamos, de la que se vale en su clase de Retórica, para poner en solfa a esta y todos los prevaricadores de la palabra, aún sin exceptuarse él mismo, quien poniéndose en guardia contra ello, recurre

a una «lengua repleta de folklore, de saber popular» que, como nos dice, «es el barro santo de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos» (Machado, 2009: 101). Y hasta podríamos decir que *Juan de Mairena* tiene bastante de ser un *El Quijote*, al que tanto alude, del pensamiento en el siglo XX.

Con gran alegría recibió Machado el avasallador triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Si para él, la segunda y gloriosa República Española había terminado, según dijera, con la disolución de las Cortes Constituyentes el 9 de octubre de 1933, este nuevo gran triunfo electoral suponía el advenimiento de una tercera república, por la cual, y como complemento cultural, ha venido él laborando con «las sentencia, donaires, apuntes y recuerdos» de su profesor apócrifo, Juan de Mairena. Rebase el tema de este trabajo el ocuparnos de este gran libro, que, en prosa, marca el ápice de la llamada Edad de Plata de la cultura española que culminó en los años de la República, solo diré que cuando, y con su llamado a una convivencia humana basada en la razón, pero también, y todavía más, en la comunión cordial, el libro *Juan de Mairena* estaba a punto de salir a la calle, esta quedó anegada en sangre por la traidora rebelión militar-fascista. El diálogo amoroso que preconizaba el libro fue aplastado por la «dialéctica de las pistolas» y de los bombardeos a la población civil. Para terminar, evoco dos imágenes que expresan la abismal diferencia entre aquella República, elegida en elecciones libres y por gran mayoría, y la barbarie del régimen franquista-fascista que la aniquiló: la primera, como leemos-vemos, y evoca Antonio Machado en *Juan de Mairena*, la de Ignacio Bolívar, considerado tras Ramón y Cajal, el científico español más prestigioso de su tiempo, cazando saltamontes a su proveya edad –y cito– «con general asombro de las águilas, los buitres y los alcotanes de la cordillera carpetovetónica» (Machado, 2009: 114). Y la segunda, sentida con desconsuelo general, la del mismo Ignacio Bolívar cruzando la frontera, derrotada la República, con el peso de sus 89 años a cuestas, hacia el exilio mexicano, donde murió en 1944. Parecido destino sufrió el de Antonio Machado, una de las mayores glorias de la literatura española de todos los tiempos, quien, entre 1936 y 1939, entregó su vida a defender aquella tercera República, que él anunciara con tanta alegría, anunciara, para morir abrazado a ella en el exilio en suelo francés el 22 de febrero de 1939. Aunque, y por aquello del «Hoy es siempre todavía», dicha República y él están vivos, juntos con nosotros, y «todavía» la República se vislumbra en el horizonte de las expectativas nacionales.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, M. (1985). *Antonio Machado. Poeta en el exilio*. Barcelona: Anthropos.
- Albornoz, A. (1961). *La prehistoria de Antonio Machado*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, Ediciones La Torre.
- Aubert, P. (Ed) (1994). *Antonio Machado Hoy (1939-1989)*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Gramsci, A. (1967). *Cultura y Literatura*. Selección y prólogo de Jordi-Solé Tura. Madrid: Ediciones Península.
- Gibson, I. (2006). *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*. Madrid: Santillana Ediciones.
- Heller, Á. (1989). *Políticas de la Posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Barcelona: Edicions 62.
- Machado, A. (1924). *Nuevas canciones (1917-1920)*. Madrid: Mundo Latino.
- _____. (1988). *Antonio Machado. Poesía y Prosa*. IV Tomos. Ed. Oreste Macri. Madrid: Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado.
- _____. (2001). *Prosas dispersas (1893-1936)*. Ed. Jordi Domènech. Madrid: Páginas De Espuma.
- _____. (2009). *Juan de Mairena*. Ed. Pablo del Barco. Madrid: Biblioteca Machado. Alianza Editorial.